

“NOS ENTERAMOS POR LA RADIO QUE SE HABÍA DECRETADO LA QUIEBRA DE LA EMPRESA”

Rodolfo Mascetti y Noemí Payero

Los orígenes

Rodolfo: Nací en Tandil el 9 de febrero de 1957, hijo de Emilio Antonio Mascetti y Dominga Paz. Fui el menor de siete hermanos.

Me crié en un hogar humilde, donde aprendí la fuerza del trabajo desde muy chico. Mi padre era capataz en una curtiembre de Tandil.

Cursé la primaria en la escuela N°21 de Villa Italia. Tuve que abandonar la secundaria para ayudar en casa, porque mi mamá había enviudado.

A los catorce años, tuve mi primer trabajo como mozo de mostrador en una pizzería. Luego conseguí trabajo en la fábrica de pistones Buxton. Estaba en el control final de pistones previo al embalaje. Tras estar tres años allí, conseguí un trabajo como parquero en una quinta del gran Buenos Aires.

En una ocasión, viajé a Tandil de vacaciones y mi hermano Juan Carlos, que fue abogado de la cooperativa, me dijo que el fabricante de calefactores Inpopar estaba buscando operarios. Entré el 1° de marzo de 1983 en el sector de embalaje.

Inpopar

Inpopar era una empresa de Tandil, propiedad de Eduardo Uzandizaga. Se dedicaba a fabricar calefactores. Eran época de vacas gordas. La empresa tenía buenas ventas y los operarios ganábamos bien.

Pero la hiperinflación del '88 fue terrible. Los empleados no cobrábamos. Fueron tiempos muy conflictivos.

La situación luego se estabilizó. Gracias a una máquina de manta catalítica que se compró, se empezaron a fabricar calefactores catalíticos que revolucionaron el mercado.



El taller de Inpopar.

Llegamos a ser más de cincuenta operarios en la planta, más los administrativos. Trabajábamos los tres turnos completos. Hasta llegamos a exportar a Europa. Polonia nos hizo una compra.

Pero aquel crecimiento se hizo sobre la base de deuda. En el '99, la compañía tenía una deuda superior a los diez millones de dólares.

Cuando llegó la crisis de 2001, la fábrica entró en convocatoria de empleados. Éramos por ese entonces unos doscientos cincuenta empleados. Hubo que recortar personal; a muchos se les pagó la indemnización con calefactores, para que ellos pudieran venderlos y se hicieran de unos pesos.

En 2003, nos enteramos por la radio que se había decretado la quiebra de la empresa.

Noemí: Entré en la empresa en 1990, con apenas veintiún años. Era una fábrica enorme, con ciento ochenta empleados en planta y unos cuarenta en las oficinas. Era y sigo siendo la única mujer. Empecé en el área de maestranza, limpiando y sirviendo café. Pero fui pasando por las distintas áreas de la empresa y como quería saber todo, hasta aprendí a soldar.

En pleno de proceso de producción.



La cooperativa

Rodolfo: Los días que siguieron a la quiebra fueron de gran incertidumbre, sobre cómo seguir adelante y conservar los puestos de trabajo.

La UOM nos ayudó mucho en este proceso. Nos dio un lugar donde reunirnos. Decidimos formar una cooperativa. Muchos eran escépticos. Decían que el modelo no podía funcionar, y que los trabajadores no estaban calificados para manejar una empresa.

Un rol central lo jugó el que era nuestro delegado en la UOM, Carlos Patricelli. Fue ocho años presidente de la cooperativa.

La primera meta fue subsistir. Ni siquiera teníamos recursos para pagar un viaje a Buenos Aires y hacer los trámites de la expropiación.



Los veinte socios de Inpopar con autoridades provinciales y municipales.

Golpeamos todas las puertas. Ya todos nos conocían. Cuando nos veían llegar, decían: *“Ahí están los chicos de Tandil”*.

Después de mucha lucha, finalmente la justicia nos concedió la expropiación. Se dieron cuenta de que no éramos ningunos improvisados y que realmente teníamos un plan para sacar la empresa adelante y preservar los puestos de trabajo.

Haciendo industria

Noemí: Para salir adelante, nos ayudó que la empresa tenía un contrato con Surrey. Pero cuando el contrato terminó, nos quedamos sin trabajo. Era tremendo, porque ni siquiera teníamos para comprar materia prima.

Hicimos distintos productos, como cajones de herramientas y tachos de residuos, que vendimos a distintas comunas. Cobrábamos nada más que trescientos pesos, lo indispensable para poder comer.

Tuvimos que pasar muchas cosas, entre ellas que las empresas confíen en nosotros y nos den financiación para comprar y seguir trabajando en lo nuestro: la calefacción.

Recién cuando fuimos capaces de volver a organizarnos, retomamos nuestro rubro de producción de calefactores.

Rodolfo: No fue sencillo acostumbrarnos a este nuevo modo de producción. Los operarios están acostumbrados a seguir las instrucciones del jefe.

En una ocasión, yo estaba como coordinador de una máquina y le explicaba a uno de los socios cómo tenía que operarla. Su respuesta fue: “¿Por qué me mandás, si yo soy igual que vos?”. Tuvimos que encontrar una nueva manera de organizarnos. Fue una lucha psicológica terrible.

Inpopar, hoy

Noemí: Inpopar se dedica a la fabricación, comercialización y venta de calefactores, termotanques y cocinas. Cuenta con maquinarias e instalaciones para mecanizar, estampar, plegar, matricular y todo aquello relacionado con la manufactura de chapa, lavado antioxidante, pintura termoconvertible y otras operaciones relacionadas con este material.

Rodolfo: Actualmente, la empresa tiene veinte socios, que desempeñan las distintas tareas de la fábrica. Todos trabajamos codo a codo, incluso el presidente. Hay cuatro profesionales. En las épocas de mayor trabajo, contratamos gente temporal y también hacemos pasantías con la escuela técnica de Tandil.

El gran proyecto para los próximos años es poner en marcha nuestro horno de enlozar para cocinas y termotanques, que compramos con un subsidio de un millón de pesos. Implica contratar gente y armar un equipo de entre ocho y diez personas.

Trabajamos con el INTI en mejorar las condiciones de seguridad de las cocinas.

En el año 2014 tuvimos la alegría de que en nuestra planta se filmara una serie sobre fábricas, con el actor Víctor Laplace y compartí un diálogo a pedido suyo.

Pero en la vida real todos somos protagonistas del día a día con las máquinas, los pedidos, los clientes.

El futuro

Noemí: Cuando ingresé en la planta estuve como ocho meses sin hablar con nadie. No conocían mi voz, porque me dedicaba solamente a trabajar. Cuando se formó la cooperativa, tuve que cambiar mi carácter. Y hasta a animarme a discutir en asambleas.

Ahora soy secretaria general de la cooperativa y estoy en el consejo de administración. Antes no sabía lo que era un cheque. Con el tiempo aprendí a defender los intereses de la empresa, porque son también los míos.

Rodolfo: Yo también formo parte del consejo de administración. No tenemos instrucción de escuela o de tecnicatura; nos falta muchísimo en esa área. Siempre estamos queriendo perfeccionarnos. De afuera nos ayudan, como por ejemplo el INTI que nos da cursos.

En el 2009, trabajando, sufrí un accidente con una máquina que me llevó el dedo medio y el anular de la mano izquierda.

En la cooperativa, no se hace política. La única política es el trabajo. Es hacer buenos productos para que los clientes queden satisfechos y sigan comprando. Esto fue lo que nos permitió subsistir todos estos años. Pasamos más tiempo en la fábrica que en la casa.

La metalurgia es una pasión que deja sus marcas en el cuerpo y en el alma.

Hoy los veinte socios de Inpopar compartimos esa idea y la misma lucha. Que la cooperativa siga produciendo y creciendo cada vez más.